



**UNIVERSIDAD DEL SALVADOR
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
ESCUELA DE LETRAS**

JORNADAS DE LITERATURA ARGENTINA

II JORNADAS DE LITERATURA ARGENTINA

Encuentro de Culturas en la Literatura Argentina

22, 23 y 24 de septiembre de 2010

Lavalle 1878
CABA
ISSN 18528325

Menú de lecturas*

1. Conferencias **(Haga click sobre el número correspondiente a cada texto)**

- 1.1. Conferencia inaugural: “La narrativa de los *Irish*-porteños”, por Juan José Delaney.
- 1.2. “Bicentenario y otredad en literatura argentina”, por Alfredo Rubione.
- 1.3. “El lunfardo en la literatura argentina”, por Oscar Conde.

2. Ponencias

- 2.1. Aldao, María Inés: “¿Quién es el otro? El problema de la identidad en los textos coloniales del Río de la Plata”.
- 2.2. Amores, Ana Lía: “Análisis de la novela *El general, el pintor y la dama*”.
- 2.3. Barreiro, Graciela del Carmen: “Vidas despojadas en *Retrato del inocente*, de Arturo Cerretani”.
- 2.4. Bauer, Irene: “Victoria Ocampo en su autobiografía: entre Virginia Woolf, Vita Sackville-West y *Orlando*”.
- 2.5. Bonafede, Susana: “Lo sobrenatural y Mujica Lainez: historias íntimas de Buenos Aires”.
- 2.6. Bonelli, María Valentina: “Peronismo de derecha y peronismo de izquierda en *Pubis angelical*, un diálogo imposible”.
- 2.7. Bracciale Escalada, Milena: “La reconstrucción de la memoria argentina a través del teatro: apuntes sobre ‘Atando Cabos’ (1991) de Griselda Gambaro”.
- 2.8. Bueno, Mónica: “El lugar de la barbarie: Alberdi y Sarmiento”.
- 2.9. Capano, Daniel: “Julio Cortázar y Antonio Tabucchi en dos recreaciones de ambientación griega”.
- 2.10. Cárcano, Enzo: “Esbozo de una recategorización de *Crónica de Viaje a las regiones del Plata, Paraguay y Brasil*, de Ulrich Schmidl”.
- 2.11. Castiñeira, Trinidad: “Emma Zunz, ‘La otra’”.
- 2.12. Chávez, Melina: “‘Ego sum qui sum’. El otro y el mismo. Borges o las apropiaciones”.
- 2.13. Chendo, Mariana: “La sívela de Fernández”.

* Nota del editor: Algunas de las ponencias presentadas durante las Jornadas están ausentes en el menú de lecturas porque no fueron entregadas en término y forma para esta publicación.

- 2.14. Cittadini, Gabriela: “La dualidad Florida y Boedo: el papel del intelectual en la Revista *Martín Fierro* (1924-1927)”.
- 2.15. Clavell, Marga: “La ‘otra justicia’ en *Una excusión a los indios ranqueles*, de Lucio V. Mansilla”.
- 2.16. Collado de Sastre, Juana: “La literatura popular del norte argentino. Juan Alfonso Carrizo: Coplas”.
- 2.17. Crespo Buiturón, Marcela: “La construcción de la identidad nacional en *La patria equivocada* de Dalmiro Sáenz”.
- 2.18. Dalbosco, Dulce María: “Alteridades masculinas y femeninas en las letras de tango (1917-1945)”.
- 2.19. Destéfanis, María Laura: “La dictadura en clave metonímica en *Ciencias morales*, de Martín Kohan”.
- 2.20. Esquivó, Gustavo: “El concepto de novela histórica en Juan José Saer”.
- 2.21. Featherston, Cristina Andrea: “El *Otro* en la literatura de la Guerra de la Triple Alianza”.
- 2.22. Fiscina, Julián Abel: “Sirenas en el zaguán: la apropiación de los textos homéricos en *Adán Buenosayres* de Leopoldo Marechal”.
- 2.23. Graná, Leonardo: “Algunas reflexiones acerca de la narrativa de escritores jóvenes”.
- 2.24. Guidotti, Marina: “La otredad y las fronteras. La situación del inmigrante gallego en las obras del género chico criollo”.
- 2.25. Hernandorena, Agustín: “Palabritas que incesante-mente golpean (rastreado los hechos)”.
- 2.26. Lamoso, Adriana: “Ezequiel Martínez Estrada: Una mirada retrospectiva sobre las letras argentinas”.
- 2.27. Lorenzo, Alicia: “El laberinto y sus monstruos: imagen y significado en la novela de Manuel Mujica Lainez”.
- 2.28. Mallol, Anahí Diana: “El espacio urbano y sus márgenes en la poesía argentina reciente”.
- 2.29. Muñoz Vergara, Rocío: “Las formas del delirio en ‘A la deriva’, de Horacio Quiroga”.
- 2.30. Pas, Hernán: “Gauchos, gauchesca y las políticas de la lengua”.
- 2.31. Pelossi, Claudia: “De Francesca a Victoria o *La rama de Salzburgo*”.
- 2.32. Pérez Gras, María Laura: “Al rescate de dos cautivos de la Historia”.

- 2.33. Pionetti, Marinela: “Antologías escolares: un lugar para la literatura argentina este ciclo lectivo”.
- 2.34. Rabasa, Mariel: “Tensiones. La experiencia social hecha cuerpo. *Los pichiciegos* de Fogwill”.
- 2.35. Risco, Ana María: “Experimentos de la cultura de elite con la cultura popular en el campo intelectual tucumano de fines del siglo XIX y principios del XX”.
- 2.36. Rodríguez, Daniel: “Exilio en la biblioteca”.
- 2.37. Rossi, Ana María: “Edgardo Cozarinsky: topografías del exilio”.
- 2.38. Sotelo, Christian: “Los espacios del tango. Perfiles menipeicos”.
- 2.39. Tomassoni, Paula Lorena: “Configuración del Otro en *Operación masacre* de Rodolfo Walsh”.
- 2.40. Toro Ballesteros, Sara: “Don Juan de América”.
- 2.41. Vilar, Mariano: “Ciencia, animalidad y domesticación en *Dormir al sol*, de Adolfo Bioy Casares”.

3. Foros de investigación

- 3.1. “*La Tempestad* de William Shakespeare en la construcción de la identidad rioplatense a través del siglo XX”. Directora: Malvina Aparicio (USAL).
- 3.2. “Políticas culturales II: Estado y sociedad en las dictaduras de Brasil y Argentina (1964-1985)”. Directora: Mónica Bueno (UN de Mar del Plata).
- 3.3. “Discursos sociales e imaginación: la narrativa argentina contemporánea en la actualización de la memoria cultural”. Directora: Ana Copes (UN del Litoral).
- 3.4. “Rescate del patrimonio literario argentino: edición de novelas del siglo XIX deficientemente editadas o inéditas”. Directora: Beatriz Curia (USAL).
- 3.5. “Lengua del Estado, lenguas de las naciones”. Directora: Alejandra González (USAL).

4. Cronograma de actividades.

1. CONFERENCIAS

1.1. La narrativa de los *Irish*-porteños

Juan José Delaney

USAL

Ante todo corresponde explicar el sentido del título de mi exposición, muy pertinente, por cierto, respecto de la consigna de estas Jornadas y su mirada concentrada en el encuentro de culturas.

La palabra inglesa *Irish* designa a los irlandeses, y el compuesto *Irish*-porteños a los irlandeses y sus descendientes que emigraron a la Argentina y se asentaron en Buenos Aires para luego expandirse hacia la campaña y aun hacia el sur de las provincias de Santa Fe y Córdoba.

Me ocupo de la narrativa que originó este proceso inmigratorio y su descendencia, minoritario si se lo compara con el italiano o español.

Más allá de la naturaleza del irlandés y su tradición de narrador, su ingenio repentista y ocurrente que busca el efecto, este inmigrante dio forma a un fenómeno creativo distinto dentro de nuestras letras. Y si lo que define la pertenencia a una determinada literatura es la lengua, acaso la producida aquí –primero en inglés y posteriormente en castellano– merezca el apelativo de *Hiberno-Argentine Literature* o Literatura Hiberno-Argentina.

Con el fin de abordar debidamente la escritura sobre la que me propongo llamar la atención, se impone situarla en su contexto histórico, social y cultural.

La prehistoria de esta historia debemos buscarla no sólo en los insulares irlandeses que se filtraron con los conquistadores y evangelizadores españoles en los tiempos de la conquista y de la colonia (el primer irlandés registrado como tal fue el jesuita Thomas Field, de Limerick, pero se sabe que John y Thomas Farrel estuvieron en la fundación de Buenos Aires en 1536, y Rita O'Doghan –bisabuela de José Hernández, autor del *Martín Fierro*– se había casado en Buenos Aires, en 1769 con Juan Martín Pueyrredon y era bisnieta de irlandeses...) o en ocasionales inmigrantes como el doctor Tomás Falkner, hijo de un médico irlandés quien llegó a Buenos Aires en 1730 donde conoció a los jesuitas, dejó su profesión y como sacerdote fue misionero en la Patagonia (el fecundo historiador jesuita e hijo de irlandeses Guillermo Furlong

rescató su vida y obra en el libro *La personalidad y la obra de Tomás Falkner*, 1929), sino también en la dos fallidas invasiones inglesas a Buenos Aires en los años 1806 y 1807, comandadas por el irlandés William Carr Beresford y por John Whitelocke, respectivamente. Tras las derrotas, no pocos mercenarios irlandeses que habían integrado las fuerzas invasoras optaron por establecerse en la extraña tierra que habían asaltado. Dispersos por el enorme territorio, algunos de ellos castellanizaron sus apellidos: Queenfaith, probablemente Kennefeaky en su origen, pasó a ser Reynafé; Campbell, Campana, y Mc Goan, Gaona, entre otros. Este hecho resultó harto simbólico y va más allá de la mera traducción de apellidos acaso impronunciables para los criollos; excede, por cierto, el aparente cambio de identidad y significa una muestra fáctica de la voluntad que, poco a poco, habría de caracterizar a la gran mayoría de los inmigrantes irlandeses y sus descendientes: la de integrarse a la nueva tierra, alistándose junto a sus generosos habitantes, comulgando con sus aspiraciones y luchas. Otros mantuvieron su interés por las armas; tal el caso de Peter Campbell que llegó a ser lugarteniente del caudillo oriental José Gervasio Artigas. Recordemos, de paso, el significativo episodio que Bartolomé Mitre rescata en su *Historia de Belgrano y de la independencia argentina*, a propósito de la primera de las invasiones inglesas: es el del cabo irlandés Michael Skennon quien desertó para ponerse del lado de los criollos; sometido a consejo de guerra, fue fusilado el 9 de agosto. Escribe Mitre que Skennon “combatía por su fe católica y contra los herejes ingleses al lado de los argentinos”¹.

Sucesivos viajeros y hombres de negocios fueron completando una comunidad irlandesa inicial en la Argentina.

Así es que, entre otros, encontramos que un tal James Spencer Wilde, llegado a principios del siglo XIX para fundar el Banco Oficial se casó en segundas nupcias con una criolla y en 1818 dio a conocer en el Coliseo, de Buenos Aires, comedias como *Las dos tocayas*, y fue padre de José Antonio quien escribió *Buenos Aires desde setenta años atrás*, y tío de Eduardo, autor de *Aguas abajo*, quien, además de ser uno de los prohombres de los prósperos ochenta del siglo XIX, enriqueció nuestra literatura con páginas en las que el humor, infrecuente entonces en las letras argentinas, ocupa un lugar destacado. El corsario William Brown (1777-1857), “el viejo Bruno”, según Rosas, por otro lado, luchó con los patriotas por la emancipación, fundó la Armada Nacional y fue Gobernador de la Provincia de Buenos Aires en 1826, y otro tanto hizo

¹ Cfr. Mitre, Bartolomé: *Historia de Belgrano y de la independencia argentina*, Tomo I, Capítulo 3, p. 127, Buenos Aires, Eudeba, 1978.

John Thomond O'Brien (1786-1861) edecán del Libertador General José de San Martín. Y no olvidemos la impresionante tragedia originada por el sacerdote católico Ladislao Gutiérrez quien se fugó con su audaz amante Camila O'Gorman, los cuales tras la delación del cura Michael Gannon, y la asesoría del jurista Dalmacio Vélez Sarsfield, saciaron la sed de sangre del dictador Juan Manuel de Rosas quien los apresó e hizo fusilar, estando ella embarazada. Tres apellidos irlandeses dan vida a este drama sudamericano de 1848, a los que hay que agregar el del dominico Anthony Fahey, patriarca de los irlandeses en el país quien exigió un castigo ejemplar.

En otro sentido, España fue puente para que no pocos irlandeses se llegaran hasta el Río de la Plata antes del período importante de la inmigración más o menos masiva: Cullen, Lynch, O'Donnell son apellidos cuya presencia aquí se remonta a los siglos XVI, XVII y XVIII.

Resulta así que hacia 1820 existía en el país una colectividad irlandesa cuyos orígenes se remontan a los tiempos de la colonia y que concentrada en la *Gran Aldea*, no había extendido aún sus intereses a la cría de ganado ovino, su especialidad.

Este panorama combate la equivocada explicación de que fue la *Gran Hambruna (Great Famine)* que castigó a Irlanda entre 1845 y 1852 el principal resorte que provocó el desplazamiento de irlandeses a la Argentina desde la segunda mitad del siglo XIX y hasta principio del XX. Constituyó, sí, un componente más. Directa o indirectamente muchos llegaron por esa razón, pero las zonas de las que provenían no fueron las más afectadas por la crisis: los condados de Longford, Westmeath y Wexford, en la provincia de Leinster. Las grandes posibilidades que ofrecía el país habían sido difundidas por los integrantes de la pequeña comunidad original, por la prensa local a través del diario *The Standard* y la internacional por acción del gobierno argentino en *The Times*, y especialmente por los religiosos que, como capellanes, asistían espiritual y materialmente a los *Irish-Porteños*. Testimonios orales, cartas, muestras inequívocas de progreso y ayuda financiera por parte del gobierno y de los primeros inmigrantes para que parientes y amigos los imitaran fueron, en efecto, los motores de la inmigración irlandesa originada desde 1840.

Todo esto significa que la inmigración a la Argentina fue el producto de una necesidad (extranjera y local) y una oportunidad. Las situaciones descriptas, por un lado, y nuestro país en estado de expansión y necesitada de manos especialmente

agroganaderas, por el otro, están en el centro del proceso que, según Korol y Sábato², durante el siglo XIX trajo entre 10.500 y 11.500 hijos de Erín, incluyendo a los “equivocados” que se embarcaron creyendo que su destino era Estados Unidos o Canadá, y sin considerar a los arrepentidos que se volvieron o re-emigraron a otras tierras.

Según estimaciones de la época, habría habido, en la década de 1890, unas 75.000 almas irlandesas concentradas en la provincia de Buenos Aires y, más tarde, aunque en menor proporción, en el sur de la provincia de Santa Fe.

Acerca de aquellos a quienes no les gustó el país y se marcharon, una pluma anónima escribió los siguientes versos preservados por la tradición popular:

*This is my last Hesperidina
And thanks to God my last propina.
To hell with Argentina
I shall never come back again³.*

En su mayoría, los inmigrantes decimonónicos irlandeses de pocos recursos y carentes de especialización, tendieron a los trabajos del campo incorporándose poco a poco a la producción ovina, conveniente debido a la demanda europea de lana encendida por la Revolución Industrial. Uno de los oficios primeros a los que podía acceder un recién venido era el de “zanjeador”; aunque muy bien pago, este trabajo era despreciado por el criollo. Consistía en la construcción de fosas que controlaran las haciendas y brindaran cierta seguridad. El trabajador evocado en la Primera Parte del *Martín Fierro* era muy probablemente irlandés y no inglés.

*Hasta un inglés sanjiador
que decía en la última guerra
que él era de Inca-la-perra
y que no quería servir,
tuvo también que huir
a guarecerse en la sierra.*

Estos zanjeadores podían progresar convirtiéndose en puesteros, arrendatarios, medieros y hasta propietarios y estancieros.

² Korol, Juan Carlos y Sábato, Hilda: *Cómo fue la inmigración irlandesa en Argentina*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1981, p. 48.

³ *Esta es mi última Hesperidina / Y gracias a Dios mi última propina. / Al diablo con la Argentina. / Nunca más volveré.* (Esta traducción y las que siguen son del autor de este informe). Curiosamente el creador del delicioso licor denominado “Hesperidina” fue M. S. Bayley, un *Irish-Porteño*.

El de la lengua constituyó para los inmigrantes un problema medular. Señalo, por de pronto, la paradoja de que los irlandeses argentinos se unieron y se sintieron protegidos mediante el uso y el sostenimiento de un idioma que, en rigor, no era el propio ya que la lengua madre de los irlandeses no es el inglés sino el gaélico o irlandés. Tras siete siglos de ocupación británica, el gaélico fue sofocado al punto de que, pese a su obligatoriedad escolar, en Irlanda apenas un 5% de la población actual lo habla. Ese carácter moribundo se expandió con la diáspora. Por otra parte, el inglés era ya la lengua comercial imperante en el mundo de los negocios porteños y las relaciones comerciales con Inglaterra, importantes y crecientes. Las jóvenes irlandesas que se dedicaron a enseñar eran convocadas por el inglés y de ninguna manera por el gaélico. Por lo demás, los inmigrantes estaban continuamente expuestos a un idioma extraño que necesariamente debían incorporar para la necesaria asimilación.

Las publicaciones periodísticas de los irlandeses argentinos aparecieron en inglés, o en inglés y francés como fue el caso del diario *The Standard* en su primera época, o en inglés y español (a partir de la década de 1960) como ocurrió con el semanario (hoy mensual) *The Southern Cross*. Hasta el virulento y nacionalista órgano denominado *Fianna* (1910-1912), que definía a Gran Bretaña como “Imperio del Demonio” lo hacía en correcta lengua inglesa.

Sin embargo, en su valioso y profusamente documentado ensayo *Irlandeses en la Pampa gringa*, Roberto E. Landaburu asegura que “en los primeros tiempos, en la Argentina, era bastante común el uso del idioma gaélico en las misiones, y en el trato habitual de los curas con sus paisanos venidos de Irlanda.” Cita testimonios que dan cuenta del asunto y de la gradual extinción de esa lengua: en una misma familia convivían quienes hablaban el gaélico y quienes no entendían ni una palabra⁴.

Por su parte el historiador Tim Pat Coogan, a la pregunta de por qué los integrantes irlandeses en la Argentina no importaron o hicieron valer el gaélico entre nosotros, responde:

La mayoría de ellos no tenía una gran educación y una de sus principales armas era la lengua inglesa. Al dejar Irlanda, el gaélico no habría de servirles de mucho. El inglés era importante para defenderse en un ambiente hostil. Aunque en realidad la razón fundamental estuvo en la voluntad británica de destruir la civilización irlandesa. El intento consistió en extirpar la cultura local, inculcar la imperial y destruir la lengua. Pero ahora que hay un resurgimiento de la cultura celta, el gaélico se ha revitalizado.

⁴ Ver: Landaburu, Roberto E.: *Irlandeses en la Pampa Gringa. Curas y ovejeros*. Buenos Aires, Corregidor, 2006, pp. 205 y ss.

Y a la referencia sobre el diario *The Standard* en cuyas páginas era posible encontrar avisos pidiendo gobernantas o enfermeras de habla inglesa con la advertencia de que las irlandesas no debían presentarse, reacciona diciendo:

Eso tiene que ver con el acento. Buscaban, seguramente, el idioma inglés que consideraban puro. Pero el asunto es que Irlanda, siendo un país con una población pequeña, probó su excelencia respecto del lenguaje produciendo una literatura acaso superior a la inglesa. Pienso en Synge, en O'Casey, en Joyce, entre tantos otros, y también en los Premios Nobel: Yeats, Shaw, Beckett, Heaney. Lo del acento es una muestra de snobismo⁵.

Es en este contexto que cobra importancia el libro de cuentos titulado *Tales of the Pampas*, por William Bulfin.

El inglés hablado por los inmigrantes irlandeses era, naturalmente, el de sus lugares de proveniencia, con sus giros, jergas y entonaciones: principalmente los de las provincias de Leinster (condados de Longford, Westmeath, Wexford y Wicklow) y de Munster (condados de Clare y Cork). Las peculiaridades lingüísticas de cada una de esas regiones confluirían en la pampa sudamericana y, conjugándose con el castellano, el gauchesco y aun el fragmentario irlandés, producirían una miscelánea de curiosas características que, a diferencia de otros procesos (el hebreo respecto del alemán y del eslavo que produjo el *iddish*, por mencionar uno) careció de la fuerza para crear un nuevo idioma que se impusiera o por lo menos una jerga persistente (como lo fue el lunfardo para los inmigrantes italianos de baja estofa), aunque sí una curiosa conjunción. Este fenómeno debe verse como reflejo de lo ocurrido con sus hablantes quienes al integrarse lentamente con criollos y miembros de otras colectividades, contribuyeron a la formación de ese dialecto español que es el idioma de los argentinos. Las fluctuaciones idiomáticas de los inmigrantes irlandeses reflejan los vaivenes y contingencias de su lenta integración. La colección de relatos escritos por William Bulfin da cuenta, precisamente, de esto.

Durante el último período del proceso inmigratorio irlandés en la Argentina, las publicaciones *The Irish Argentine* y *The Southern Cross* fueron difundiendo una serie de historias ficticiales que finalmente bajo el título de *Tales of the Pampas* fue publicada en formato libro en 1900. Su autor, William Bulfin quien vivió entre 1864 y 1910, era un irlandés oriundo de Offaly que emigró al país en 1884 donde su tío, Provincial de la congregación de los Padres Pasionistas, pudo encontrarles trabajo en el

⁵ “Tim Pat Coogan y la diáspora irlandesa”, entrevista por Juan José Delaney. Revista *Todo es Historia*, Buenos Aires, agosto de 1997, N° 361, p. 51.

campo porteño a él y a su hermano. William trabajó como capataz en Carmen de Areco donde conoció a Anne O'Rourke con quien se casó. Aunque después se mudaron a la ciudad donde él llegó a ser editor y posteriormente dueño del periódico *The Southern Cross*, fue en Carmen de Areco donde se nutrió del material que le serviría para escribir los cuentos que integran *Tales of the Pampas*.

El libro contiene ocho historias, entre ellas "Campeando" donde se advierte sobre los peligros de meterse con los *natives* si uno quiere cuidar su buen nombre y prestigio; "The Fall of Don José", en el que se explica que en el campo quien habla inglés es un "inglés", y "The Course of True Love", la mejor de la colección por su excelentes descripciones, la verosimilitud de sus personajes, la efectividad de los diálogos y el humor.

Lo notorio (y valioso) es que el libro da cuenta del inglés hablado por los hiberno-argentinos con algunas interpolaciones de gaélico irlandés y numerosas expresiones en castellano. Los textos no están anotados ni presentan introducción alguna ya que el narrador sabe que está dirigiéndose a una audiencia que lo entenderá.

Más allá de los irlandeses, los otros personajes son algunos de los que integran el *melting pot* sudamericano: italianos, españoles, vascos, ingleses. El contexto histórico en el que se desarrollan las peripecias es el de la modernización de la Argentina promovida por la Generación del 80, y el libro reedita la antinomia sarmientina: civilización versus barbarie.

Desde el punto de vista lingüístico las historias muestran que los irlandeses estaban haciendo con el lenguaje lo que con sus vidas, tratando de adaptarlo a la nueva situación. Bulfin altera grafías con el fin de expresar el modo en que, según propias palabras, el español ha flexionado la lengua inglesa. Así "wan" significa "one", "tay" es "tea", etcétera. Pese a que Bulfin no se refiere al gaélico, la obra registra ocasionales y solitarias voces en esa lengua: "Musha" (interjección que equivaldría a "¡Caramba!", "garrahalya" (muchacha), "oncha" (tonto), "alannah" (niño)... La conjunción mayor se da entre el inglés y el castellano: "The dirty blackguard! To go away like that, and *quién sabe* if he hasn't taken some of my things with him." "Entre bueyes no hay cornadas", he corrected with a smile, quoting the time honoured *pampa* refrán." Y las siguientes, no exentas de humor: "Who was he, *che*?" "La gran siete!"⁶ Don Tomás, what intelligence!".

⁶ Aquí el subrayado es mío. No siempre el narrador destaca las interpolaciones españolas o gaélicas.

Desde otra perspectiva, el lenguaje le sirve a Bulfin para alimentar la oposición entre el campo y la ciudad, entre el europeo y el nativo. Voces de clara connotación negativa, en efecto, aparecen endosadas al gaucho: *Scamp*, *Barbarian*, *Bucktoe*... En el relato titulado “Campeando”, un *Irish* le advierte a un paisano que se está acriollando demasiado y que eso lo va a perjudicar.

Con *Tales of the Pampas*, y probablemente sin saberlo, William Bulfin dio una elocuente versión de la vida de los hiberno-argentinos a principios del siglo XX: un lento proceso en el que el bilingüismo precedió al encuentro de dos culturas.

Lejos de lo ficcional, las memorias dejadas por John Brabazon bajo el título *The Customs and Habits of the Country of Buenos Aires from the Year 1845*, traducidas al español y anotadas por Eduardo Coghlan como *Andanzas de un irlandés en el campo porteño (1845-1864)* es el primer documento importante de la inmigración irlandesa en la Argentina.

No es una obra literaria, no acusa intención estética y seguramente su autor no previó su publicación ni mucho menos su traducción y posterior interés por parte de los estudiosos. No obstante, todo lo que Brabazon cuenta interesa, hay ritmo en la narración y momentos de gran intensidad. Pervivía ciertamente en él el narrador de historias propio de la naturaleza celta.

Brabazon, nacido en Westmeath en 1826 y muerto en Buenos Aires en 1913, empezó a contar su vida, que fue la de muchos, a los dieciocho y, lamentablemente, la abandonó diecinueve años después. Pese a la sucesión de adversidades, el optimismo campea en todo el texto. El escritor refiere episodios delictivos o directamente criminales con una notoria impasibilidad, pero depone esa actitud y se revela sorprendido frente a las arbitrariedades de esa deleznable figura tan sudamericana, la del dictador. Sus notas coinciden con el tiempo de Juan Manuel de Rosas, y aunque éste fuera querido por muchos irlandeses debido a que defendía sus campos de los malones, el autor se sorprende de la capacidad que tiene el déspota para avasallar las vidas de personas naturalmente libres.

Todo el libro sostiene el interés por medio de la acción o de las reflexiones vinculadas a la historia y a la relación entre grupos humanos de extracción racial diversa. Cuenta así cómo en una de sus primeras transacciones adquiere lana de la viuda de un tal Colman, nativa, cuyo marido había venido con la invasión del general Whitelocke; en 1849 medita sobre la situación porteña que estaba mejorando porque Rosas no era, entonces, tan malo y la población era más culta; revela que en 1847 los

campos porteños valían poco y nada; describe la actividad de las casamenteras; testimonia el descenso de la popularidad de Rosas luego del fusilamiento de Camila O’Gorman; narra el asesinato de su propia esposa y de su cuñada y, casi al final, se detiene en una fiesta en la estancia que administraba, donde convivían trabajadores de distintas nacionalidades por lo que en el comedor se escuchaba hablar en francés, alemán, inglés, dialectos y diversas lenguas indígenas. Aunque distingue a los criollos de los inmigrantes, la memoria de Brabazon no es maniquea. En su libro viven irlandeses desagradecidos con el país que los acogió e incluso borrachines, peleadores, vagos, jugadores y hombres de armas llevar. En estos casos el autor se pone del lado de los criollos, destacando su paciencia y hombría de bien.

La escritura es reveladora de cierto tipo de inmigrante: el que se empeñó en vencer obstáculos para integrarse a la nueva tierra, aislándose de criollos y compatriotas malos, jugadores o viciosos. En tal contexto, la adquisición de la lengua parece el principal escollo y la relación de las primeras dificultades y tentativas de posesión resultan llamativas por su tenacidad, por ejemplo cuando negoció con un tal Luciano la enseñanza del idioma inglés a cambio de clases de lengua española.

El cuaderno de Brabazon prueba, otra vez, que todos tenemos por lo menos una historia que contar: la propia.

Otro texto central para comprender cómo los inmigrantes irlandeses se integraron a su nueva realidad es la novela *You’ll Never Go Back* que empezó a escribir Catalina (Kathleen) Nevin y que habiendo muerto sin completarla, concluyó su hermana Winifreda (Winnie). Ellas y su hermano Brendan eran hijos de Kathleen Smyth y Thomas Nevin, irlandeses que se conocieron y casaron en la Argentina. El libro apareció en 1949, en Boston, bajo la exclusiva autoría de Kathleen.

Tres aspectos relacionados con esta experiencia literaria insular llaman la atención: 1) que la novela haya sido escrita en inglés; b) que haya sido publicada en el extranjero, en Boston, importante centro de Hiberno-Americanos, y c) que el nombre de la escritora argentina apareciera en inglés y no en castellano como había sido registrado.

Estas circunstancias y, naturalmente, la novela misma, se inscriben en un contexto histórico, social y lingüístico particular de nuestra historia. El relato –que excede la propuesta aparente de dar cuenta de la travesía de la madre de las narradoras desde Europa a Sudamérica y sus primeras experiencias en Buenos Aires, tanto en la ciudad como en el campo– constituye un valioso documento que muestra que el idioma de los argentinos fue impedimento para la rápida integración.

En esencia *You'll Never Go Back* cuenta la historia de tres jóvenes que atraviesan el océano rumbo a la Argentina con el propósito de encontrar trabajo como maestras, ahorrar dinero y volverse a la Irlanda natal. Vienen, entonces, a enseñar, lo cual no es un dato menor. Esta voluntad docente dará lugar a más de una burla sobre el inglés de los “natives”. La aventura se desarrolla en el contexto histórico de una Argentina ávida por sumar manos europeas, proyecto que se remontaba a Juan Baustista Alberdi y a Domingo Faustino Sarmiento y que los hombres de la Generación del 80 impulsaron.

Se trata de una novela convencional, correcta a los ojos del canon victoriano del que procede y a los del público conservador al que está dirigido, y en la que todo lo que se aparta de ese modelo o de esa visión resulta extraño, risible o peligroso. Diez años antes de la publicación del libro de las Nevin, la narradora irlandesa Kate O'Brien (1897-1974) había dado a conocer su novela titulada *Mary Lavelle* que tiene un argumento general similar al de *You'll Never Go Back*, nutrida también de la vida real aunque audaz y transgresora para la época, y que como la otra fue publicada en el extranjero aunque forzosamente y por un motivo harto distinto del que pudo haber motivado a las hermanas Nevin: la severa censura irlandesa. Por lo demás, no por nada en la novela de las argentinas prima la comedia y la de la irlandesa culmina dramáticamente.

Junto a la lengua inglesa, unas pocas voces en gaélico evocan el lejano y oprimido idioma. Hay en el texto afirmaciones inquietantes que acaso iluminen la voluntad de publicar el libro lejos del país. Se asegura, por ejemplo, que no hay esperanza para el país debido a que no es colonia británica, los nativos son descriptos como peligrosos y física y moralmente pobres. La contrapartida, es una sobrevaluación del grupo de pertenencia: *our people* se registra más de una vez y el pronombre acentúa la distinción que se quiere marcar.

Más allá de acusar una identidad lingüística, las palabras que utilizamos para designar la realidad revelan la visión que de ella tenemos desde un determinado punto de vista. “El conocimiento espontáneo, inconsciente, intuitivo que el hablante nativo tiene de su lengua es cualitativa y cuantitativamente diferente al que pueda llegar a tener de otras lenguas que aprenda más tarde”, apunta Ángela Lucía Di Tullio, para más adelante citar a Carlos Octavio Bunge y su convicción de que “el abandono de la lengua

materna es el índice más notorio que (...) representa la adaptación al nuevo medio”⁷. Esto es así en el caso que examinamos, donde el correlato de la adaptación lingüística deviene integración a una cultura distinta. Ya desde los primeros capítulos conviven el inglés, el español, ocasionalmente el gaélico y aun el latín, aunque esta lengua muerta, a la manera de los sonidos primitivos, remita a sentidos primigenios extralingüísticos.

Tras una desconfianza inicial hacia el país sudamericano con la que se inicia la historia, el Capítulo 4, ambientado en la ciudad, expone la confrontación cultural. Éste y el siguiente capítulo bien podrían haberse titulado “Civilización y Barbarie”. Resulta significativo que la acción se desarrolle durante el carnaval, esa celebración pagana y popular en la que abundan el bullicio, el baile y, sobre todo, las máscaras. La fiesta es despreciada por las recién venidas que después manifestarán nunca antes haber visto algo parecido. La turba es descrita por la narradora en forma distante y como *mad croad* (loca multitud), integrada por *natives*. Sin embargo, a la manifestación de curiosidad y al inglés peculiar y deficiente de las irlandesas ya establecidas en el país se suma una gradual filtración de palabras castellanas. Esto será constante y creciente. Es que de la alarma se pasará a la subestimación y de allí a la curiosidad para culminar en la integración, y las palabras, más que los hechos, darán cuenta del proceso. Los adjetivos más frecuentes para describir al país son: *strange* (extraño) y aun *queer* (raro); tal sensación persiste en gran parte del libro y, en rigor, no ha sido totalmente desterrada del imaginario colectivo. Más adelante, en las secuencias que transcurren en el “camp” (ese neologismo acuñado por los *Irish*-porteños para designar al campo bonaerense), se mantiene la percepción de que la Argentina es un país extraño, grande y vacío.

Estilísticamente surge que a Winnie le correspondió dar cuenta de la última parte de la historia. Pero por sobre las diferencias de forma, algo esencial, sin embargo, persiste: el lento y regular juego lingüístico entre voces provenientes de distintas culturas y, en especial, de discursos diferentes que buscan formular una realidad única. En el capítulo 17 una revelación dice sobre las posibilidades (o imposibilidades) del lenguaje: las oraciones pronunciadas en el latín de la piadosa infancia de la narradora son las que íntimamente la conmueven; es que, más allá de su vacío semántico, remiten a un mundo donde las palabras parecen innecesarias: “When I heard the prayers said the

⁷ Cfr.: Di Tullio, Ángela Lucía: *Políticas lingüísticas e inmigración. El caso argentino*, Buenos Aires, Eudeba, 2003, pp. 29 y 107.

way I was used to and not in Spanish or Spanish latin, as I'd been hearing them of late, I covered my face with my hands and cried like a softy”⁸.

Es que, también en otro sentido, la narradora ha pasado a ser otra según lo confirmará unas páginas más adelante, y el carácter condenatorio del título de la novela no habrá podido impedir que, sostenido por la figura del capellán irlandés, cierto optimismo recorriera el texto todo. Así lo afirman las líneas finales que dicen de un país receptor y abundante.

Somos lo que nuestras palabras revelan. Somos lo que hablamos. La lenta transición que va de la extrañeza y el desdén a la curiosidad y la integración tiene, según la novela de las Nevin, un correlato lingüístico. En este sentido la historia de la lengua y la literatura de los irlandeses en la Argentina es, una vez más, la historia de los irlandeses en la Argentina.

Un año después de la publicación de *You'll Never Go Back*, una joven y talentosa escritora publicaba su primer libro de versos. Famosa por sus canciones e historias para chicos, María Elena Walsh (1930) descende de los inmigrantes convocados por el Proyecto del 80: sangre irlandesa, inglesa y española corre por sus venas: “Es un chico que piensa en inglés / y una vieja nostalgia en gallego.” (*Vals Municipal*).

En 1990 publicó *Novios de antaño*, sus memorias. La última sección –“La abuela Agnes”– consiste de una colección de cartas familiares relativas a la vida de los inmigrantes irlandeses e ingleses en Buenos Aires durante la década de 1880, el mismo período que cubre la novela de las Nevin. Agnes cuenta que muchos pastores irlandeses rústicos, ahora llenos de dinero, viven como aristócratas y se sienten libres de explotar a sus compatriotas. Considera al alcohol como una maldición para los irlandeses e ingleses; *The Standard* y *The Southern Cross*, en fin, parecen haber sido las principales fuentes de consuelo para esta inmigrante.

La educación era un asunto importante y por eso el crecimiento y la expansión de la comunidad forzaron la creación de instituciones educativas debidamente organizadas y siempre bajo el control de la Iglesia Católica (fundamentalmente las congregaciones pasionista y palotina y las Hermanas de la Misericordia). Los pupilajes, tanto para niños como para niñas, eran los destinos frecuentes de los hijos de la

⁸ Cuando escuché las oraciones dichas de la manera en que yo estaba acostumbrada y no en español o en el español latinizado que venía escuchando últimamente, cubrí mi cara con las manos y lloré como una tonta.

inmigración, especialmente los de los campesinos. ¿Cómo vivían aquellos chicos la experiencia del pupilaje, lejos de sus familias y bajo regímenes habitualmente muy severos? ¿Qué sentían? ¿Qué pensaban?

En un texto titulado “El 37”, publicado por primera vez en 1960, Rodolfo J. Walsh da cuenta de la visita que su padre le hizo al colegio irlandés situado en Capilla del Señor (Buenos Aires), en 1937, un domingo inevitablemente triste. El 5 de abril de ese mismo año el hombre había llevado a sus hijos Rudy y Héctor a esa institución regentada por monjas, que constituía la antesala del *Fahy Farm*, en Moreno, provincia de Buenos Aires, en el que se podía cursar de cuarto a sexto grado. “No hice amigos, fui un extranjero”, dice de su paso por Capilla.

El día en cuestión el futuro escritor tenía apenas diez años pero veía mucho más que lo que el padre quería mostrar o sus palabras revelar.

Un domingo vino mi padre a vernos. Nos dejaron salir a la quinta contigua, sentarnos en el pasto. Abrió un paquete, sacó pan y un salame, comió con nosotros. Sospeché que tenía hambre y no de ese día. Habló de fútbol, Moreno, Labruna, Pedernera: él y yo éramos hinchas de River. Tal vez habló de política. Era radical. La primera mala palabra que aprendí en casa fue Uriburu. (...) Durante un largo rato fuimos muy felices, aunque lo veía apenado, ansioso de que le dijéramos que estábamos bien. Y, sí, estábamos bien. Después supe lo mal que *ellos* lo pasaban. En realidad estaba aplastado, no conseguía trabajo.

En el Colegio y sobre todo después, el correlato existencial de la situación familiar se sintetizaba en el discurso según el cual la vida es sufrimiento y dolor, y la convicción de que hemos venido a sufrir: sentencia contra la que letras y acciones de Rudy Walsh habrían de rebelarse.

En la misma evocación leemos:

En los dos colegios irlandeses en que he estado, descubrí entre los pupilos una necesidad compulsiva de establecer las escalas de prestigio, el valor, la fuerza. Detrás del recibimiento convencional del primer día, me estaban calibrando, situando tentativamente en una jerarquía.

El otro colegio era el Instituto Fahy, en la localidad de Moreno. De su paso por ahí dan cuenta tres de sus cuentos más conocidos: “Irlandeses detrás de un gato” (incluido en el volumen *Los oficios terrestres*, de 1965), “Los oficios terrestres” (de *Un kilo de oro*, 1967) y “Un oscuro día de justicia”, publicado unitariamente en 1973.

Por los tres relatos desfilan nombres reconocibles como los rígidos celadores Dillon y O’Durnin, el loco de Gielty, el padre Gormally (aquel duro eclesiástico que muchos años después se sirvió del periódico *The Southern Cross* para disculparse por

haber maltratado a sus alumnos), condiscípulos como el inolvidable futbolista Gunning y tantos otros como los apellidados Ross, Scally, Delaney, Geraghty, Mullaly, Kiernan, Mulligan, Carmody, Dashwood, Murtagh, Ryan o “Pata Santa” Walker que “no era un líder y nunca podría serlo, aunque aseguraba descender de reyes y no de pobres chacareros de Suipacha (...)”. Unos ciento treinta pupilos, en fin, que, como personajes de Dickens, convivían en una atmósfera victoriana dentro de un edificio que “se alzaba como un dragón alto y sombrío con su reluciente dentadura de luces en los dormitorios.” En el grupo que allí habita se imponían (como en la vida) luchas constantes por ganarse un lugar y un respeto.

A primera vista, sin embargo, parecían completamente inofensivos esos chicos campesinos, pecosos, pelirrojos, de uñas y dientes sucios, bolsillos abultados de bolitas, medias marrones colgando flojamente bajo las rodillas, con sus amarillos botines Patria de punteras gastadas por la costumbre de patear piedras, latas y pelotas de fútbol, plantas, raíces de árboles y hasta sus propias sombras; (...).

El relato termina con las siguientes palabras: “Puedo caminar solo”.

Académico y exprofesor de literatura hispanoamericana en la Universidad de Harvard, el interés de Enrique Anderson Imbert (1910-2000) por los irlandeses de los que descendía obedece a cuestiones puramente estéticas, y los cuentos que incumben al tema de este informe se inscriben dentro de la literatura fantástica. “Mi prima May” (en el que se apersona un Leprechaun); “Patrick O’Hara, el libertador”, donde compara la mitología celta con la nativa y, finalmente, “Mi hermana Rita” en el que el folclore irlandés es funcional a una formidable historia. De alguna manera esta producción ficcional de Anderson Imbert anuncia la desaparición de los irlandeses argentinos como colectividad aislada, y su comunicación con esa curiosa y rica miscelánea que es la cultura argentina.

Tras esta incursión de reconocimiento tendiente a identificar las características y alcances de las expresiones literarias de los hiberno-argentinos, es posible arriesgar algunas conclusiones.

Resulta evidente que la lengua fue el principal obstáculo para la integración de los inmigrantes irlandeses en la sociedad argentina; es también claro que con el objeto de organizarse y mantenerse unidos, los irlandeses preservaron la lengua inglesa que no era la propia, por lo que el gaélico irlandés jugó un rol irrelevante en el proceso; en un sentido fáctico, las fluctuaciones del inglés de los irlandeses y la lenta incorporación del castellano tienen su correlato en la incorporación de los *Irish*-porteños al país de

adopción: así lo muestra su producción literaria que, primero en lengua inglesa y, gradualmente, en castellano, creó un *corpus* de –llamémosla así– literatura hiberno-argentina, hasta ahora desconocida, ignorada o postergada por el ámbito académico.